

19 ¿Cómo, pues, no llorarán mis ojos los olvidos de un Dios tan bienhechor? ¿Cómo no llorarán esquivoces tantas mias á favores tan crecidos? ¿Cómo no llorarán tan ruines, y villanas correspondencias, á tan subidas misericordias? ¿Tan bruti insensibilidad, á un amor tan exesivo? Ay de mí ay de mí; ¡oh, y quien diera la vida por quien así ofendi!

20 ¡Oh Dios mio! ¿Qué te ofendi? En tu misma presencia? ¿Delante de tus ojos? ¿Haciendo armas de tus mismos beneficios? ¿Qué pelee contra ti, que eres mi Padre, mi Redentor y mi Dios, dignisimo de todo amor, de todo respeto, de toda veneracion? ¿Qué no hice reparo, Jesus mio en volver á crucificar, haciendo de mis yerros clavos para cometer semejante atrocidad? Y si es infinito el atrevimiento del pecador, como dice vuestro Santo Villanueva, despues de haberos visto Crucificado en el Monte Calvario, ¿cuánta fué mi osadia y mi impiedad, volviendos á crucificar en el corazon de MARIA? Ay de mí, ay de mí; ¡oh quién diera la vida por quien así ofendi!

21 Dad, Señora, á mis ojos fuentes de lágrimas perennes, y traspasad mi alma con una espada de dos filos, hecha al fuego del divino amor, para llorar dias y noches enteras tantos pecados, con que á Dios y á vos ofendi. Sacad de la dureza de mármol de mi corazon, abundancia de lágrimas y sus-

piros, para que lllore siempre, amando á tan dulces dueños míos, y ame siempre llorando en significacion de lo que siento su ausencia y su retro. ¡Oh amores míos, Jesus y Maria! Muera yo de amor, muera yo de pena de haberos ofendido.

Bonaventura in Spec. Lec. 10.

Per benedictam ancillam Mariam quasi tot servi Domini loti sunt, quod fideles ejus suffragis, á peccatis mundati sunt: ipsa enim quot servorum Domini pedibus aquam obtulit, quod paenitentibus lachrymas compunctionis obtulit.

CAPITULO VII.

Hasta el pecador al Hijo y á la Madre por el perdón de sus culpas.

*Cur non tollis peccatum meum, & quare non auferis iniquitatem meam? Job 7. v. 21.
Amplius laba me abini quitate mea. Psalm.
50. v. 3.*

§. I.

1 **A** ti clama mi alma, Madre de misericordia. A ti clama de lo mas profundo del corazon. Llorando lloraré el insoportable peso de mis males, que me tiene agobiado hasta los abismos. Mirad, Sa-

ñora, á este hijo Pródigo, que suspira del lugar de horror, de la niebla, de la inmundicia y fealdad con los piés descalzos, y hechos pedazos de sus errados pasos. Calma, y apela á tí como á su Madre, no olvidado de las veces que le has favorecido, amparado y escusado con el Padre.

2 Reconoce, ¡oh bienaventurada Señora! tus pobres, y desamparados hijos, á quien tu Jesus no se averguenza llamar hermanos suyos. Y si por su causa le viste en tu corazón aun desde su infancia muerto, para que ellos no muriesen, ¿cómo podrá contener las lágrimas y no compadecerte, mirándolos muertos en el pecado? ¡Oh dolor! Nos cautivan, nos arrebatan, nos arrastran, nos despedazan nuestros enemigos; y no hay quien nos saque, y redima de sus crueles manos. Nos tienen en prisión mas oscura y tenebrosa que la noche; y no vemos rayar el Alva del mejor día, que por nosotros responde.

3 Ea, levántate Bella Aurora, de cuyo hermoso brillante rostro esperamos el destierro de nuestras tinieblas, y la libertad de nuestras prisiones. Levántate presto, luz alegre, luz festiva, luz hermosa, y entra en la sala del buen despacho, que es el pecho de Jesus, para que en ella por tí hallen propicia respuesta nuestras peticiones. Estiende tus manos immaculadas delante del altar de oro de la humana reconciliación, y será por tí conseguible lo

que por tu medio solicitamos; y por tí excusable lo que con razón tememos. Por ventura tu súplica para nuestro remedio, podrá tener repulsa, ó padecer confusión tu semblante, haciéndola vos á aquel Señor, á quien infante tierno, llorando consolaste muchas veces como dulce Madre?

4 ¿Quién, pues, Señora, es mas poderosa en méritos para aplacar la ira del Juez que vos, que mereciste ser Madre del mismo Juez y Redentor? No dudes, Señora mía, porque él es nuestra carne, nuestros huesos, nuestra salud, nuestra gloria, nuestra cabeza y él conoció la hechura de sus manos, y lo frágil de su barro.

5 No tardes, Señora mía, que es insoportable la carga de mis delitos. Estoy tan cargado de ellos, como de prisiones de hierro, que ni me dejan levantar la cabeza al cielo, ni á mi boca respiración. Tales fueron mis abominaciones, con que irrité la ira del Altísimo, y empañé la claridad del cielo traspasando sus leyes. Son ya insufribles mis llagas, porque de la planta del pié hasta la cabeza, no se hallará en mí sanidad.

§. II.

6 Ea, Madre de piedad, aprieta, aprieta; consígueme el perdón de mis culpas; que están muy nuevas las llagas, y no bien curadas con la penitencia, y tengo mucho que temer los rigores de la

justa indignacion del Todopoderoso. Veo desencavarse de sus solios los diamantes mas firmes del Empireo por el pecado. Veo enegrecerse y afearse estrañamente las estrellas mas rutilantes. Veo arrojar á los profundos del infierno los vasos cristalinos, tersos y resplandecientes de tantas bizarras inteligencias, que antes habian servido de adorno en el aparador de Dios.

7 Veo desterrados del Paraiso á Adan y Eva, privados con sus descendientes de la justicia original, y de las inmensas delicias y gustos de aquel lugar, y llenos de lepra, amarguras y confusiones. Veo al mundo todo anegado en un horrible diluvio, y revueltas sus hediondas aguas en otro diluvio de cadáveres delinquentes; sin que en esta ruina universal se salvasen sino pocas almas, que siguieron el camino de la justicia.

8 Veo reducidas á cenizas con fuego del cielo las cinco nefandas ciudades colocadas en la region de Segor: cuya amenidad y delicioso temperamento les habia dado antes el nombre de Paraiso de Dios. Veo las reliquias del fatal destrozo, que hicieron las aguas del mar Vermejo en los Egipcios, que perseguian al pueblo de Dios. Veo la soberbia de Sennacherib Rey de Siria, castigada en una noche por un ángel, con la muerte desastrada de ochenta y cinco mil combatientes.

9 Veo la vanidad de David vengada con atroz

muerte, á rigores de una cruelisima peste, que en un solo dia cortó el estambre de la vida á setenta mil vasayos suyos, ciudadanos de Jerusalem. Veo jugar el brazo de Dios sobre los imperios, pasándolos de unas naciones á otras, por la malicia de los pecados. Veo destruida á Babilonia que tantas veces triunfó de Jerusalem. Veo á la Asiria, Media y Persia anegada en sus mismos infortunios. Veo la Grecia primero como un sol brillador en trono de hermosos arboles, y rubicundas luces, y despues eclipsada y puesta en su funestisimo ocase en la creciente de la Otomana Luna.

10 Veo el imperio Romano, que mandó al mundo con dominio absoluto, deshacerse en menudas piezas, como las nubes con un recio viento, para mayor confusion del linage humano y sangriento catástrofe de tantos como han perecido á violencia de las armas desunidas con la division de los reinos. Veo últimamente al mismo pueblo de Dios, antes objeto de sus caricias, reducido á una infame servidumbre debajo de las demas naciones, la que tenia su gloria colocada sobre las cumbres de los montes. ¡Oh pecados! ¡Oh malicia de los mortales á lo que obliga á Dios!

11 Ruje el leon, ¿quién no temerá? Por tanto, Madre mia, Refugio mio, esperanza mia, no ceses de rogar por mí al Señor, para que cesen sus enojos. No dejes de la mano el negocio de mi salvacion,

pues en tu mano está mi dicha. ¡Oh Madre benignísima y amabilísima! llévame de la mano á tu Hijo, para que yo le pida perdón de mis culpas: que seguro tengo el buen despacho con tal Madre y tal interesadora.

§ III.

12 ¡Oh Jesús mio! desde tu infancia llagado por mi amor en el corazón de María, permíteme postrarme á tus pies santísimos, para pedirte perdón de mis pecados. Bien sé, Dios mio, que no lo merezco: mas á quién acudirá este polvo, sino á quien de polvo le formó y con tanta misericordia le amasó en sus manos. Tú eres la fortaleza de este barro, y no tiene otra mas fuerte á donde guarecerse cuando sus enemigos le persiguen para quebrarlo.

13 ¡Oh buen Jesús! inclina tu oído á mi oración, y escucha benigno mis palabras, que son de un arrepentido pecador, que como otro Publicano clama al altar y trono de tu clemencia, por el remedio de sus males, diciendo: *Dios mio, sed propicio á este grande pecador.*

14 ¡Oh Cordero mansísimo de Dios, ten misericordia de mí! ¡Oh Hijo de María Virgen, borra la escritura de mis pasadas abominaciones! Haz esto por respeto de tu Padre Celestial, que te encomendó esta oveja perdida, que tantos años tragiste sobre tus hombros. Por respeto de María tu Madre,

que te dignaste fuese también mía: quien cooperó á la redención de los pecadores con tan crecida parte de penas. Y últimamente por tí mismo, que eres la misma bondad, y no quieres la muerte del pecador, sino que se convierta y viva:

15 ¿Quién podrá sufrir la grandeza de tu ira si la derramas sobre nuestras cabezas? Ea, triunfe la magnífica gloria de tu siempre brillante misericordia, con que perdonas los pecadores y haces de las piedras hijos de Abrahán. En tí esperaron nuestros padres, y no fueron confundidos. Clamarou á tí, y os salvaste. Yo soy todo tuyo y todo me ofrezco á tí, sálvame por la honra de tu nombre.

16 Ahora me convierto á vosotros dos, ¡oh buen Hijo! ¡oh buena Madre! ¡oh Rey del cielo! ¡oh Reina de los ángeles! ¡oh Padre de miserables! ¡oh Madre de penitentes! otra vez gimiendo y llorando me llevo á vosotros, para que escuchéis las voces de mi deprecação, y no me apartéis de la presencia de vuestros ojos.

17 ¡Oh Jesús Hijo de María, oye á tu siervo! ¡Oh María Madre de Jesús, oye á tu alumno! ¡Oh piadoso Señor, no apartes tu rostro de la voz de mi gemido! ¡Oh dulce María, no me alejes del seno de tu misericordia! Mirad, ¡oh Santísimo Hijo y Santísima Madre, á este pecador, que delante de vuestros ojos se arrepiente, gime, suspira y llora por sus pecados.

18 Ruegos, ¡oh buen Señor! ¡oh buena Señora! Ruegos, ¡oh piadoso Hijo y piadosa Madre! Ruegos por esta misma verdad de vuestra misericordia y de mi Redención; por esta singular esperanza de los pecadores, que de la manera que tú eres Hijo, y tú Madre, para que se salve el pecador, así sea abusuelo y remediado este pecador.

19 Piadosísimo Señor, perdona al siervo de vuestra Madre. Piadosísima Señora; perdona al siervo de vuestro Hijo. Ea, Señor mío, ea, Señora mía, no me aparte de este lugar hasta que mis yerros sean totalmente desatados, y perdonados mis delitos. Jesus, dulcísimo Hijo de Dios vivo, oye la oración de este pecador. MARIA, suavísima Madre de Dios vivo, oye mis ruegos y súplicas. Uno, y otro interceded por mí en el acatamiento del Padre Eterno, para que mi oración suba como incienso á su presencia.

Ricardus de Sancto Laurentio.
Lib. 12 de Laud. Virg.

In Moria velut in horto condense. & umbroso invenitur umbra propitiationis: ad hoc enim obumbrabit eam virtus Altissimi in Filii conceptione: ut ipsa precibus suis, meritis & exemplis obumbraret peccatoribus contra fervorem divinæ iracundæ.

CAPÍTULO VIII

Pide el pecador auxilio á MARIA para el tremendo trance de la muerte.

Si ambulavero in medio umbre mortis non timebo malo: quoniam tu mecum es. Psalm. 22 v. 4.

Hora mortis suscipe. Eccles. in hymn.

§. I.

1 **Y**A es el tiempo, en que las sombras de la muerte, y las imágenes de mis propios delitos empiezan á combatir á mi afligido y acongojado espíritu. Y ¡quién pudiera resistir á tan poderosa y desapiadada hatería, si no estuviera cercado del muro de tu amorosa y santa protección, ¡oh MARIA!

2 ¿Cuánto es lo que los pecadores deben á tu maternal cuidado, á tu luciente sombra, á tu escudo impenetrable! Llega la muerte vestida de horrores con su arco y flecha; á cuyo valor ninguno puede resistir de los nacidos, acompañada de un ejército de funestísimos pensamientos, parte producidos de la memoria de mis antiguas vanidades, parte de la prevención, que hacen mis enemigos invisibles para destruirme y solicitar con todo esfuerzo, que me traguen los abismos, y sus vengas-

doras llamas en el mismo punto de la despedida del alma de mi pálido y consumido cuerpo.

3 Este horrible escudron era capaz de hacer vacilar mi triste ánima y ponerla en la ladera más peligrosa del despeñadero de la desconfianza, si en medio de este confuso caos, y espesísimas tinieblas de mi espíritu no se me pusiera á la vista, ó Señora, tu dulce memoria y melíflua devoción, como un cielo claro, sereno y resplandeciente, sembrado de luminosos astros, que desterrando tan sombríos pensamientos, llenarán mi corazón de claridad, gozo y confianza.

4 Ó, y que bien dijo tu capellan el padre Juan del Campo, estando para morir, á otro padre su confidente, de nuestra Compañía: *Ó padre mio, si supieses cuan extraordinario consuelo trae á la hora de la muerte el haber reverenciado con singular estudio á la Madre de Dios.* Así lo experimentó este tu siervo y así lo experimentan todos los que devotamente te sirven. Porque eres Madre agradecidísima, Reina magnificéntísima, Señora liberalísima y no permites que á tus sirvos los dominen los riesgos, los ofusquen las tinieblas, los venzan las tentaciones, ni los sepulte en su abismo la desesperacion.

5 Acuérdomé de haber leído de un amante hijo tuyo, que habiendo caído enfermo de una grave dolencia; y habiéndosele postrado las fuerzas corporales, mas de la vehemencia del amor que tenia, que de las

fuerzas del achaque; cansado ya de la larga prolongacion de su destierro, y deseando verse ya en los celestiales tabernáculos, aspiraba y suspiraba por la santa Jerusalén y por veer la gloria de tu rostro, y decía á semejanza de Jonás: *Ahora, Señora, saca mi alma de la prision de este cuerpo: porque me es mejormorir que vivir.* Y como David: *Tuvo sed mi alma de tí, fuente de agua viva; ¿cuándo apareceré delante de tu rostro?*

6 Pero no ignorando, que instaba la peligrosa lucha con el demonio y que se acercaba ya el último trance de la pelea con tan valiente enemigo, armado de confianza y no olvidando tus misericordias, se acogió á tí con humildad, diciendo: *O Maria, socórreme, defiéndeme del enemigo y recibe mi espíritu en la hora de mi muerte.* Y Tú, Señora, tan llena de piedad como de gracia, tomaste tus álas grandes para socorrerle en el peligro y asistirle con tu sombra. Porque basta un gemido y una lágrima de un hijo tuyo afligido, para mover á compasion tus maternales y virginales entrañas.

7 Y así apareciéndote con tu acostumbrada benignidad á este tu afligido siervo, halagándolo y llamándolo por su nombre con inlecible suavidad, le digiste: *Aquí estoy, hijo. para favorecerte, confia. Si puede la madre ausentarse de su único hijo, estando para morir, si puede no compadecerse, ni gozar de sus abrazos: pero yo no me olvidaré de tí, yo nunca te dejaré.*

8 Con este connorte recibió el moribundo consoladísimo los santos Sacramentos, y tú, Señora, le asiste como Madre amantísima, al recibir la Estremaunción, levantándolo y volviéndolo con tus sacratísimas manos y enlazándolo en tus brazos, por prenda carísima de tu amor. Y echarlo el resto á tu admirable dignacion, y desplegando tus graciosísimos labios, le hablaste de esta manera:

9 *Mira, hijo, por quien suspiras de lo profundo de tu pecho. Mira á quien deseas de lo intimo de tu corazon. Mira el fruto benditísimo de mi purísimo vientre á Jesus dulcísimo mi Hijo, que te es propicio y favorable, obraza al que te ama.* Y abrazando el moribundo con todo el afecto de su alma á tu divino Niño, y unido con él su corazon anegado en celestiales delicias, entono en compañía de los Angeles con suma suavidad el cántico de Simeon: *Nunc dimittis seruum tuum Dñe secundum verbum tuum in pace,* y entregó su alma en tus manos, seguro de la gloria que esperaba en el cielo.

10 Entonces concurrió una escogidísima y bellísima compañía de ciudadanos del cielo, Angeles y Santos, en forma de jóvenes de prestantísimos aspectos y amabilísimos semblantes, con cuya pompa subió sobre las estrellas triunfante aquella alma tu devota, y á guisa de cisne divino, al subir á los alcázares sempiternos, cantaba con mirífica melodia, dirigiendo á ti sus acentos y pronunciando estas melifluas voces:

Bendita seas, Señora, que no permitiste fuese mi alma presa de los dientes de mis enemigos. Mi alma fué sacada como el pájaro del lazo de los cazadores. El lazo se rompió y tú misericordiosamente me libraste de sus manos.

§. II.

11 ¡Oh muerte, qué tranquila y apacible eres para aquellos á quien defiende la sombra de MARIA! ¡Oh muerte, qué resplandeciente y clara eres para aquellos, á quien alumbraba este hermoso astro! ¡Oh muerte, qué meliflua es tu memoria para quien la tuvo en vida, de MARIA! ¿A donde está tu victoria, tu estímulo, tus horrores, tu sombra horrible, tu semblante triste y tus asombrosos espectáculos? Todos estos nublados deshacen los rayos de tu sol y las amables luces de tu presencia. La muerte de tus hijos es preciosa, serena, alegre, clara, festiva y toda triunfo. ¡Qué felicidad!

12 Pero, ¡oh muerte, qué funesta y melancólica es tu memoria para los que viven aprisionados con las cadenas de los deleites del siglo! ¡Qué amarga para los que pusieron su dicha en el humo de las honras y en las espinas de las riquezas falsas! ¡Qué intolerable, para los que olvidando el culto y devoción de MARIA, pasaron sus breves dias cautivos de sus pasiones e idólatra de sus mismos vicios, como si la

muerte no les siguiera hasta los umbrales del infierno!

13 ¡Oh qué temerosa es aquella hora postrera para las almas, que habiendo empezado á servir á esta gran Señora, como á su norte y guia en la peligrosa navegacion de este proceloso mundo, dejaron su soberana belleza por las heces y fealdades de una beldad terreno! Ay de los que abandonaron esta luciente estrella, que antes resplandecia sobre el horizonte de su corazon, por un astro oscuro y nebuloso, semejante solamente á la luna en sus menguantes, manchas y lunares.

14 Para estas almas la infalibilidad de la muerte es una lanza penetrante, que las atraviesa de parte á parte. La ignorancia del modo y circunstancias de ella, es una espada de dos filos; y la incertidumbre de su hora, un dardo de fuego que las abrasa y hace desesperar, diciendo: Ay de mí, que tengo por enemigo á Dios, cuya lanza se vibra contra mi cabeza delincuente, sin que haya quien le detenga el brazo.

15 Ay de mí, que á la misma Madre de ^{la} piedad tengo por enemiga; y la misma Madre de pecadores me es contraria: porque con mi olvido y obstinacion he ocasionado justos temores de la ira de la Paloma. Ay de mí, que la que es para todos un mar de leche y miel, es para mí un oceano de amarguras.

16 Mas, ó Virgen Santísima y Madre mia amabilísima, de quien son estas voces tan desesperadas, sino de alguna alma ingrata que cerró todas las puertas á su mismo remedio. Libradme de este abismo de ceguedad y llevadme de la mano por aquel camino tranquilo y resplandeciente, por donde se ve caminar la virtud con su propia hermosura.

17 No apartes de mí esta luz, Virgen purísima, con que yo conozca el daño que causa el olvido de tí, que es destierro de la virtud: pues te puso Dios en este mundo como ejemplar suavísimo de la perfeccion cristiana y vereda cierta, y no fragosa para subir al cielo, dejando á las espaldas los grosero vapores de la tierra.

18 Goberna, Señora, mi espíritu y reina en mi corazon clavándolo, mientras vivo, con el santo temor de Dios, para que en el trance de mi muerte, ni mis enemigos me aterren, ni las tentaciones me opriman, ni las culpas de la vida antigua, combatiendo mi imaginacion, precipiten mi voluntad.

19 Ea, Santa Judith, pelead mis batallas contra el infernal Olofernes. No permitas, Señora, que mi enemigo se jacte de haber triunfado de este tu pobre siervo que confia y se vale de tí. No permitas que tienda sus lazos y enredosas estratagemas, para coger maliciosamente á esta cobarde avecilla, que no

tiene otro refugio ni otra fortaleza que las sombra de tus álas. Sea yo como una de aquellas almas bienaventuradas, que á la hora del salir de este valle de lágrimas, las acoges en tu seno y entre delicias de gloria las llevas al paraíso.

20 No desmerezca yo este favor con mis ingraticudes, con mis olvidos, con mis tibiezas: antes te ruego me concedas en este mundo una continua y dulce memoria de tí con suavísimas lágrimas. ¡Oh Madre mia, dulcísima, amabilísima, precordialísima, toda hermosa, toda bella, toda agraciada, amparo mio, refugio mio, puerto mio, ó quién nunca se olvidará de tí! ¡Oh quién siempre se acordará de tí, hechos sus ojos dos fuentes de dulcísimas lágrimas!

21 Recibid, Señora mia, consuelo de pecadores, asilo de desvalidos, recibid mi alma en la hora de mi muerte, purgada y limpia de todos sus pecados, con verdadera contrición y amor de Dios, y hacedme participante de los gozos inefables del reino de tu Hijo, si no como uno de tus hijos muy amados, á lo menos como cualquiera de aquellos grandes pecadores, que tu inesplicable bondad y sobreabundante misericordia, sacó de los infinitos lazos y cadenas de sus delitos, é introdujo con estupenda dignacion en los cielos, para cantar y alabar eternamente las misericordias divinas y Marianas. Así sea, Señora. Amén.

Salmeron Tom. 3. trac. 5.

Ob id, quod Christo nascenti, & morienti Maria adstitit, digna facta, quæ filiorum Dei generationem, ut Mater pietissima fovet; atque morti nostræ, in qua Deo per gloriam nascimur, singulariter succurrit, ut in tanto patrocinio, & favore sublevati, servatiquæ Virginem Sanctissimam imitemur, ac Filium eius cum Patre, & Spiritu Sancto per æterna sæcula exaltemus atque magnificemus.

CAPÍTULO IX.

Suavizanse los rigores del juicio con las memorias de Maria.

Vidi Dominum sedentem super solium excelsum, & elevatum.—Isai. 6. v. 1.

Et Iris erat in circuitu sedis.—Apoc. 4. v. 3.

§. I.

1 **A** tus venerables y augustas plantas, ó Madre clementísima, llega cansada y oprimida del peso de sus culpas esta alma pecadora, que sin medida ha ofendido á tu Hijo, quebrantando ciego sus leyes sacrosantas. Aquí la tienes deshecha en tristes suspiros, aradas sus mejillas con las lágrimas que corren hasta la tierra, y oscurecidas las niñas de sus ojos con los nublados de su misma congoja y turbacion.

2 ¡Oh Dios, y cuán amarga es la memoria de haberme ofendido, cuando la alma está para ser presentada en tu tremendo juicio, sin haber dado la debida satisfaccion á tus agravios! Ay, Virgen Santísima, ay, Madre de pecadores: que ya se llega la hora en que el mas ingrato de los nacidos teme con razon su residencia, delante de aquel tribunal rectísimo é incesorable, donde las cosas se juzgan y pesan como son, sin otro respeto; el oro como oro, la plata como plata, el cobre como cobre, el humo como humo, el mundo y sus vanidades segun y como son.

3 Ay, que el leon brama, ¿quién no se estremecerá á su voz, cuando tiemblan las columnas del firmamento y en sus Ángeles, cristales purísimos, halló manchas y fealdad? Veome delante de este riguroso tribunal, rodeado de nubes de suma magestad y de espíritus soberanos, que enseñan en la veneracion al Criador, el infinito respeto que se le debe; el trono de llamas encendidas, las ruedas del mismo abrasador elemento, que en su ligereza representa la grande actividad de este juicio y prestísima ejecucion de su sentencia, sin dar lugar á apelacion ú otro recurso.

4 Veo al Antiguo de los dias sentado con inponderable gloria, su venerable cabeza nevada, por lo cándido de sus cabellos y en su boca una espada de dos filos, simbolo de los rigores de su ira omnipotente. Veo mas en aquella sola, que para mí es toda

de pasmos y admiraciones, que me tienen cubierto de un sudor frio, á los piés del espantoso tribunal, un caos horrible, cuya profundidad llega y penetra hasta los mismos infiernos, de donde salen espesas humaredas y llamas verdinegras, y entre ellas el dragon, abierta su boca y mostrando las aceradas puntas de sus dientes, con grande anhelo y áncias de tragarme. Acompañan al dragon muchos demonios, en trages de fieras carniceras, que ignoran la piedad.

5 Mis pecados muchos y feos, hacen escuadron aparte, para aumentarme la confusion y vergüenza, poniéndoseme delante como en imagen de cristal con toda su monstruosidad. Los Angeles, en otro tiempo benévols y propicios, los miro en esta ocasion ceñudos y con aspectos melancólicos y tristes, que dicen al Juez, despidiéndose de mi custodia: *Caramos á Babilonia y no ha sanado, desamparémola.*

6 Mi misma conciencia, que por el amor propio me parecia me habia de favorecer, me es la mas adversa y contraria; y convirtiéndose toda ella en mil bocas elocuentes, grita contra mí, dando clamorosos alharidos á favor de la justicia; para que en mí se ejecute todo el rigor de sus divinas leyes. El mundo, universo y las criaturas todas, veo que se levantan y claman contra mis continuadas ingratitudes, en una vida sembrada toda de favores y beneficios del cielo.

7 El mismo Señor, que preside á este juicio, y es

Juez y testigo de todas las acciones de mi vida desbaratada, y calló tantos años sin detener el torrente de mis vicios, grita y brama como muger que padece récios dolores de parto, y me sale al encuentro como la osa, cuando mano violenta le arrebatara sus cachorros. Mis abogados no hablan, mis patronos se retiran y solo hallo que en esta ocasion habla la razon, la justicia y el enojo de Dios vivo. Y aun de ti, Señora, dijo tu siervo San Vicente Ferrer, *que cerrareis la puerta de tu piedad, al alma que miserablemente perece.*

§ II.

8 En este concurso de temores, en esta conspiracion de motivos, tan patentes á la razon, como tristes á mi memoria, anegada en un mar de sustos y sobresaltos, capaces en su vehemencia de arrastrarme al último esterminio de la desesperacion, ¿qué haré? ¿Qué esperanza de salir bien me podrá animar? ¿Cómo esperaré, cercado todo como de una valla de puntas acerradas que se encaran contra mí, para que no pueda huir sin herirme mortalmente?

9 ¡Oh MARIA! dichosos los que tienen una catedral de tu devocion, que entre tantos ahogos pueden aun respirar, y en tanta confusion de nublados y espesas tinieblas, pueden levantar los ojos para miraras y esperar los buenos efectos de tu benignísima vista. Sí: porque en medio de este teatro formidable, ven

que el Juez está en un trono, que si es de fuego ardiente de justicia para abrasar á los impíos, es de fuego ardiente de caridad y misericordia, en beneficio de tus devotos. En una zarza vestida de llamas, en forma de sólio, se apareció á Moises, para librar á su pueblo escogido del poder de Faraon; y en semejante trono le veo para librar del cautiverio de Luzbel á tu querido pueblo.

10 O divina MARIA, cuya presencia convierte en llamas misericordiosas las llamas vengadoras. Tú eres el trono de Dios escelso y levantado por tus excelentes prerogativas, como dice tu devoto Andrés Creten se. (*orat.* 2. de Dorm. Virg.) Tú fuiste hecha trono de Dios y palacio del Rey eterno, como dice tu Agustino. Tú eras aquel trono que vió Juan, (*Apoc.* 4.) de donde salian rayos, voces y truenos, no para herir, sino para avisar á tus devotos, que acudan á tí para ser librados de los rayos de la divina justicia.

11 Tú eres aquel trono, que preparó el Padre de las lumbres al Juez de vivos y muertos, (*Isai.* 16.) para que por medio tuyo vistiese la mansedumbre de Cordero, con los miserables pecadores devotos tuyos: *Præparabitur in misericordia solium Agno Dominatori terre.* Tú aquel trono, de quien David cantó, (*Psalm.* 88. v. 38.) que seria tan generalmente benéfico, como lo es el sol á los que habitan sobre la haz de la tierra: *Et thronus eius sicut sol in conspectu meo.* Y, últimamente, eres el sólio de glo-

ria que dijo Jeremias, (cap. 17.) lugar de nuestra santificación y esperanza de tu pueblo: *Solum glorie altitudinis á principio, locus sanctificationis nostre, expectatio Israel.*

12 Asimismo reparo, para consuelo mio, que entre las nubes espesas y horribles que circundaban el trono, estaba un arco iris refulgente entre nieblas de gloria, con cuya luz y apacibles colores empieza á alegrarse mi vista, respirar mi ánima y serenarse mi corazón. Decía yo, entre tantas congojas y frios temores que padecía: ¿qué arco es este tan alegre, tan brillante, tan risueño, cuando por otra parte está el cielo tan ceñudo? ¿Qué arco es este de tan amables cualidades y benignos influjos, que trac el remedio de la desesperacion en la misma desesperacion? ¿Qué arco es este, que en lugar de saetas de indignacion, despide rayos de una luz benévola, que destierra las tinieblas de mi misma confusion y da hermoso vigor á mi desmayada confianza?

13 O Dios: ¡qué admirables son los arbitrios de tu infinita piedad! ¿Qué ha de ser este arco, sino una señal de misericordia que usa el Señor con los devotos de Maria, en los aprietos del juicio y estrechuras de su cuenta, como la usó con el mundo para no acabarlo de destruir despues del diluvio? ¿Qué ha de ser, sino vos misma, Madre mia, consuelo mio, Refugio de pecadores? Vos, Señora, dice vuestro Ber-

nardino Senense (Serm. de Nom. Maria, t. 3. art. 1. cap. 3.) sois el arco del pacto sempiterno, que hizo Dios, para que no pereciese toda carne: porque engendraste al que pacificó el cielo con la tierra.

14 O gran Señora, tú eres el Arco Iris, á cuya vista se serenán los ciélos y los nublados de las eternas iras, se convierten en blancas lucidas nubes de apacibles misericordias. Tú eres el Iris, á cuyo brillante aspecto, mirando el Altísimo con atenciones nobilísimas, hace se conmuten sus justos rigores, mercedos de la humana ingratitud, en lluvias de piedades, para que puedan respirar los pecadores. Tu clemencia, Señora, me alienta en mis mismos desalientos, deshace mis temores, aviva mi esperanza, de poder tomar puerto de salvamento, embarcado en la nave de tu patrocinio.

§. III.

15 Ea, pues, Madre clementísima, respandezcan hoy sobre este desalentado pecador, los hermosos rayos de tu apacibilísima condicion. Esperimente yo los efectos de los rutilantes colores de tu pacifico Iris, que anuncia la paz entre Dios y el hombre. Háganse las paces que rompió mi temeraria locura, entre tu gran Hijo y mi alma miserable. Veisme en presencia de este tremendo Juez, en cuyo seno atesoré tantas iras para este trance y momento, cuantas der-

ramó misericordias en los muchos que me concedió de vida. La mano tiene levantada para herirme: mas ¿quién puede detener esta mano, sino la tuya, por quien entró en el mundo la misericordia para los miserables?

16 Abrid, Madre de piedad, la puerta de tu benignísimo corazón á los suspiros míos, á mi profundo llanto, á mis clamores continuos. Apártense de mí las imágenes de mis antiguas culpas y bórrense estas sombras de la vista de mis ojos: para que, abiertos al desengaño, reconozcan sus pasados yerros y merezcan el perdón en la gracia de tu Hijo. A ti, Señora mía, levanto estos mis ojos llorosos, indignos de mirar las luces del cielo, y te ruego con las voces de mi afligido corazón mitigues la ira de Jesús, á quien ciego ofendí y atrevido agravé. Atiende, Señora y Madre mía, á la multitud y grandeza de mis llagas, con que me hallo horrible á la vista de Dios: el precioso óleo de tu misericordia me puede curar y quitar mis manchas y cicatrices.

17 Ea, Abogada mía, Madre admirable, Reina benignísima, Iris de paz, torre fuerte contra nuestros enemigos, amparo de pobres, imán de nuestros corazones, procuradora de nuestra salud, antorcha clara y brillante, vencedora del dragón y Madre del Juez todopoderoso, muéstrate Madre de este arrepentido pecador: para que los males míos realcen el bien grande,

que tenemos los miserables en tu agigantada misericordia é imponderable clemencia.

18 Socórrreme con acelerado auxilio, cuando de repente me vea en la presencia del supremo Juez, tan rodeado de cadenas, cuantos fueron mis yerros que cometí viviendo. ¿Y quién duda, Madre mía, que tus cabellos de oro fino tienen virtud de atar sus manos llenas de jacintos y fáciles de repartir beneficios? cuando con tu retórica divina le obligas á embairtar la espada de su ira y en su lugar arrojar á tu seno, como flores, sus fragantes piedades, para que las derrame sobre las cabezas de los pecadores. ¿Cómo podrá el Juez negarse á tus razones, ni dejar de admitir su justicia tus alegatos á favor mio? O Virgen piadósísima, tuyo es aquel momento, de que depende mi eterna felicidad, ó mi desdicha eterna.

19 ¡Oh eternidad! si como vives sobre los polos de tu inmutable duración, haciendo guerra á los impíos y recreando con gozos interminables á los escogidos, vivieras en la consideración y memoria perenne de los mortales; ¡oh, y cuantos bienes llovieran sobre las almas y de cuantos males se libáran! O Virgen llena de gracia, fuente de amor, asísteme propicia en aquel trance, de que pende la eternidad.

20 No me dejes en el mayor y mas peligroso combate, cuando en el tribunal de tu Hijo, acriminen mis delitos con embidiosas acusaciones mis rabiosos enemigos; cuando clamen los injustos testigos por la jus-

ticia mas severa; cuando con confusa é insolente algazara pretendan apellidar victoria; cuando hagan patentes los boquerones del infierno, para sepultarme en sus eternas llamas. Miradme, Señora, con ojos benignísimos, cuando mi alma fluctúe turbada en sus mismos pensamientos y confusa con el tropel de sus innumerables pecados, y espectacion de la sentencia que están para pronunciar los lábios de un Dios.

21 O Madre dulcísima, afabilísima, clementísima, amabilísima, mostrad con este tu indignísimo esclavo las entrañas de tu piedad. Ponedme á la sombra de tus álas, defendedme de los rayos del Sol de justicia, para que tu nombre y fama sea mas celebrado en los siglos eternos, con este hecho de tan singular benevolencia, con el mayor de los pecadores. Oye me, Señora, consoladora mia, y no deseches mis humildes ruegos. Oiga yo de tu dulcísima boca la deseada noticia de mi sentencia favorable. Tú eres la puerta del paraíso: entre yo por esta puerta en el gozo de mi Señora. Amén.

Guaricus Abbas Serm. 3. de Assumptione.

Veni electa mea, & ponam in te thronum meum: in te quandam mihi regni sedem constituam, de te indicia decernam, per te preces exaudiam.

CAPÍTULO X.

Clama el alma á la Señora del cielo, la libre de la servidumbre eterna.

Dolores inferni circumdederunt me.—Psal.

17. v. 6.

Et profundum abyssi penetravi.—Eccles. 24

v. 8.

§. I.

1 **O** Reina de los Ángeles, Madre del Señor del cielo, Templo del Amor divino, Lámpara de luz inextinguible, que ilustras los senos de la tierra hasta los abismos, divina Argos llena de ojos, con que miras las miserias de los hijos de Adán, Luna bella que alumbras continuamente la noche de nuestro emisferio, con consuelo universal de todos los que participan tus serenas luces.

2 ¡Oh respirador de los míseros mortales, por quien respiran y suspiran dia y noche! A ti fué dada toda potestad en el cielo y en la tierra: y en tus manos está la vida y la muerte. Tú, Señora, verdaderamente estás cerca de los que te invocan y tu misericordia preparada para los que te aman. Tú eres castillo y muro de diamante contra las nocturnas potestades, en que se defienden los que veneran tu santo nombre.

3 Pues, Señora, auxiliadora nuestra, Refugio en nuestros peligros, no arrojes de ti la rendida súplica de este tu siervo é Hijo, que clama á tí con voz grande y clamor yehemente en el tiempo de la tribulacion. ¡Oh Madre, Madre, Madre de misericordia, mírame con ojos misericordiosos, para que no sea tragado de las bestias infernales!

4 Pon tu rostro sobre mi alma, para que no vaya al lugar de las tinieblas palpables, donde reina la confusion eterna, y el horror sin fin. Si tú, ¡oh Madre amantísima! ¿no defiendes como escuadron bien ordenado á tu pequeño hijo de las hostilidades de sus adversarios, quién podrá sufrir su insolencia y crueldad? Todos se arman contra mi pobre alma, esperanzados de conquistarla á fuerza de engaños y ardidés diabólicos: pero tú eres mi ayudadora, debajo de cuyas álas vivo; y con cuya sombra no tomeré sus horribles sombras, ni podrán prevalecer contra mi sus dolosas máquinas.

5 Vístense y se disfrazan con diversos trages y figuras para horrorizarme, y hacer que pierda la esperanza en Dios y en tu patrocinio. Y á la verdad, aunque en sí mismos son sin comparacion mas monstruosos y feos, que en los disfraces, en que se disimulan: con todo eso es bastante este espectáculo á hacer perder el ánimo á mi pequeñez, si me falta la grandeza de tu auxilio.

6 Muéstranseme de varias formas, ya como to-

ros bravos y feroces; ya como dragones, que arrojan fuego voraz, ya como sierpes, que funestamente silvan: ya como lobos que ahuyan; ya como leones que rujén, ya como tigres que embisten con aceradas uñas; ya como perros rabiosos; ya como cocodrilos que respiran humo y abren la espantosa boca para tragarme; ya como basiliscos, que tiran á matarme con el veneno de sus ojos. De esta manera solicitan mis enemigos derribar mi esperanza, y precipitarme al profundo de la desesperacion. Mas yo siempre esperaré en mi Dios y en tu amorosa proteccion.

7 Pónenme tambien á la vista de mi memoria diversos géneros de penas y suplicios, con que en el infierno son atormentadas las almas infelices; y quieren arrebatár á la mia como merecedora de semejantes penas. Dícenme lo que está escrito con el dedo de Dios en sus libros sagrados, por estas palabras: “Cuanto se glorificó á sí mismo, y vivió en delicias, tanto se le dé de tormento y llanto. «Su vino sea hiel de dragones y veneno de áspides insanable.

8 «Y prosiguen diciendo: Un muro de fuego esté al rededor de ella; y el soplo del Señor como un torrente de azúfre soplará su alma. El «fuego, el azúfre y el espíritu de las tempestades, es parte de su bebida. Su gusano no morirá. Será enviada al horno de fuego y al pozo de la muerc-

ete; allí será el llanto y el rechinar de dientes." Con estas palabras de la santa Escritura me hieren, me atormentan, me amenazan y hacen vivir y esperar la muerte con un amargo dolor.

§. II.

9 Todos estos tormentos confieso, Señora mía, merecen mis pecados y todos cayeran sobre mi miserable alma, si tú ¡oh Madre! te piedad! la desampararas y no refrenaras la ira de mis enemigos. ¡Oh qué gran mal es perderte! ¡No lo permita el cielo! ¡Oh qué terrible muerte! ¡Oh qué amargo tránsito tendrán aquellos, á quien no te dignares mirar con ojos de clemencia! A ti levanto los míos, Reina y Señora mía, para que pongas en mí los tuyos. A ti dirijo mi oracion con toda confianza, para que por medio de la tuya, me alcances de tu precioso Hijo, mi dichosa libertad y redencion del cautiverio de mis enemigos y del lugar de las tinieblas eternas.

10 ¡Oh dulcísima Madre de Jesucristo! ¡oh Emperatriz de los cielos, y de los mismos abismos! por el poder que Dios te dió contra Luzbel y sus secuaces; por la victoria que de ellos alcanzó tu Hijo en su muerte, y tú, Señora, en tu immaculada Concepcion, poniéndolos debajo de tus piés, te suplico me libres de la furia, de la rabia, de la in-

dignacion y de la cara de estos perversos tentadores de nuestro linage, y maquinadores de nuestra perdicion.

11 Librame, Señora poderosísima, de sus manos, de sus uñas, de sus dientes y de sus lenguas serpentina. Librame, Señora, por tu misericordia, del lago de la ira de Dios, en que habitan, teniendo por compañeros inseparables la obstinacion, la ceguedad, la amargura y las sombras de la muerte. Librame, Madre mía, del llanto eterno, del crujir de dientes, del hambre y sed de los condenados. No vea yo el estanque de azúfre y fuego ardiente, ni aquella muerte que siempre vive, y siempre está matando sin morir.

12 Librame, por la bondad de Dios, y por la infancia de Jesus Niño tierno, y por la sangre que en su niñez derramó por mí, del gusano roedor, de la llama inextinguible, de la compañía de los nefarios espíritus, de la extrema desesperacion, de la pena de daño y tormentos, cuyo fin nunca llegará. ¡Oh Virgen Santísima! ¿quién puede vivir en este mundo sin pena, acordándose de estas penas? ¿Quién sin dolor, acordándose de estos dolores? ¿Quién sin susto y sobresalto, acordándose de su riesgo y peligro de caer en este piélago de males?

13 ¡Oh clementísima! ¡oh misericordiosísima! ¡oh piadosísima! sed Refugio mio, sed amparo mio, sed proteccion mia: y así como me librate de la ca-

denas del siglo y de la servidumbre del Egipto del mundo, me libres de las cadenas, calabozos del infierno y cautiverio de los demonios. No vean mis ojos el horno de aquella triste Babilonia: sea su fuego para los ángeles malos, que desampararon su principado, y para todos aquellos espíritus protervos y endurecidos, que hacen guerra á la Divinidad del Todopoderoso.

§. III.

14 Resplandezca tu gran misericordia, ¡oh fuente de perenne suavidad en sacar de tantos riesgos y peligros á este pequeño hijo tuyo. Gloria tuya es, y honra de tu inestimable caridad, el no permitir la perdición de este perro muerto en pecados: que tambien los cachorros esperan, y logran las migajas que caen de la mesa de su dueño.

15 Por ventura te alabarán en las tinieblas los espíritus de maldición, y las almas infelices condenadas á ellas con un fatal destino. Bien sé, Señora, lo que dijo tu Anselmo: “que así como es necesario, que perezca aquel, de quien tu apartares tus ojos, así es imposible que se pierda la alma, que econvertida á tí la atiendas benignamente.” Mayor gloria tuya será, Señora mía, que yo te alabe eternamente en el cielo, ensalzando tu piedad, que no, que sepultado en las voraces llamas del infier-

no, sepulte en ellas con el olvido tus antiguas misericordias.

16 ¿Crecerá tu gloria, ¡oh MARIA! por que sea mas estremada mi ruina? ¿O será de menor lustre á tu honor, que resplandezca en tu coroná este nuevo tachon brillante á influjos de tu gran misericordia? O por ventura, ¿se acreditará mas tu piadoso y dulce nombre, desamparando á este pobre y dejándolo abatido y humillado entre los negros horrores de su ignominia y eterna confusion?

17 ¡Oh Madre mia! bien conocida tengo tu misericordia hasta este punto. Bien sabes mi amor y desco de servirte, sino como merece tu grandeza, á lo menos como alcanza el estado de mi miseria. De muchos peligros del milano infernal me ha sacado tu mano: no la retires, Señora, en el mayor riesgo de mi vida, que es el punto de mi muerte. ¡Oh fuente de piedad! ¡oh Virgen amabilisima! ¡oh corazon nobilísimo! ¿quién se acogió á tí ó invocó tu nombre, que le dejases perecer enmedio de los riesgos? No sea yo el mas desdichado é infeliz, que desmerezca tu intercesion poderosa. Espero de tu bondad mi remedio.

18 Y porque mi alma no se arriesgue temerariamente á peligros tantos, ni al precipicio de su eterna esclavitud, alcánzame de tu Hijo la esacta observancia de sus divinas leyes. Dirige, Señora, mis pasos segun su voluntad y escribe en mi corazon

sus preceptos como esculpidos en láminas de bronce.

19 ¡Oh dignísima Madre de Dios, tan arreglada á sus divinos mandatos, que aun pasaba de su rigor tu observancia, de suerte, que fuiste norma y espejo de obediencia al Supremo Señor, á quien todos deben vasallage y adoracion. Concédeme, que mis caminos no tengan otro norte, que el rendimiento á sus leyes, la memoria de ellas, y su pronta ejecucion. Abreme los ojos y consideraré las maravillas de la ley del Altísimo, y la guardaré de todo mi corazon.

20 ¡Oh qué digno es Dios de nuestra obediencia y que se le rindan vuestras voluntades, como á Criador y Padre de nuestra naturaleza! ¡Oh indigno proceder del hombre, que á quien mas debe, resiste mas; y aquel de quien depende todo su ser, es á quien hace guerra mas descubierta! ¡Oh Bondad de Dios, que así conserva al que pudiera en un momento destruir, reduciéndolo al abismo de su nada!

21 ¡Oh MARIA dulcísima, amor de mi corazon, consuelo y gobernadora de mi alma, gobierna mis acciones y designios, dadme fortaleza y sedme escudo de diamante, para resistir á mis pasiones y al ejército de mis enemigos! Dadme un amor de Dios perfectísimo, que sea el primer mobil de todas mis obras. Con él venere, adoré, reverencé y obedezca á la primera causa, como á dueño de to-

dó y Supremo Señor. Sea agradecido á Jesus su Hijo y tuyo, como á Redentor mio: Áme á mis prójimos, como hechura de sus manos, y á imágen suya, no hiriéndolos en la honra, ni envidiando su felicidad. Destierre cualquier rencor ó enemiga de mi pecho. Aprecie lo bueno, huya de lo malo. Ame la verdad y la justicia. Estime al pobre y al desvalido. Conserve limpio mi cuerpo y espíritu de toda impureza; y sea diligente en buscar el sumo bien. Amen.

Germanus
de Zona B. Virginis.

Tú (¡OH MARIA!) eum habeas maternam apud Filium tuam fiduciam & potentiam: nos, qui sumus condemnati, & non audemus intueri cæli altitudinem, tuis interpellationibus, & intercessionibus Deo nos effice familiares, das salutem, & ab æterno liberaas supplicio.

